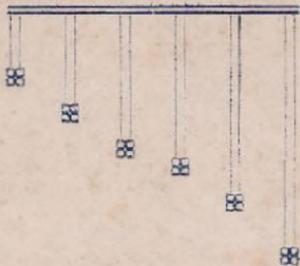


EUGENIO NOEL



IDEARIO

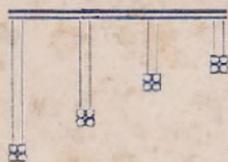
DE LAS

CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS EN EL

TEATRO COLON

DE BOGOTÁ



MCMXXIV

EDITORIAL MARCONI-BOGOTÁ

©Academia Colombiana de Historia.



EUGENIO NOEL

EUGENIO NOEL



Eugenio Noel, que tiene 38 años de edad, comenzó a escribir muy temprano. Protegido de la Duquesa de Sevillano, Grande de España, Noel se reveló como literato desde muy corta edad. Espiritualmente pertenece a la generación ibera del 1900, y él y Ortega y Gasset personifican las dos tendencias intelectuales de la España actual; siendo Ortega y Gasset un pensador más profundo y cosmopolita, y Noel más racial, de estirpe genuinamente ibérica. El ha sido quien ha dicho que, estudiando a fondo la literatura española, parece haberse roto la tradición esencialmente castiza de la Raza desde la obra misma de Cervantes. Toda la obra de Noel va orientada en el sentido de un renacimiento del alma de la Raza en lo que tiene de varonil, noble y absolutamente original. Aunque Noel estudió en Institutos, Liceos, la Universidad de Madrid y se doctoró cuando el mismo Gasset en la Facultad de Filosofía y Letras, y su cultura es realmente poderosa, la energía intelectual de Eugenio Noel se ha proyectado sobre su raza con un dinamismo tremendo. Nadie como él la ha visto; nadie como él la ha descrito. Sus obras doctrinales son pocas; todas son vividas; todas constituyen visiones exactas, tomadas del natural con implacable y certera mirada. La entraña de su crítica es una nobilísima idea de mejoramiento. Como periodista le revelan su campaña de Marruecos y las del Flamenquismo y las Corridos de toros. Noel se hizo en 1909, en los trágicos días del Barranco del Lobo, soldado voluntario y estuvo en la guerra de Africa un año. Fruto de aquellos trabajos fue su célebre libro *Notas de un*

voluntario, libro que, publicado antes en artículos, suscitó enconadas polémicas y que, editado por suscripción nacional, honor que luégo no ha merecido otro libro en España, es considerado hoy como el libro de visión más amplia, documentada y artística de cuanto se ha publicado sobre el Marruecos de la zona española. Más tarde se publicó en Barcelona ese mismo libro con el título de *Lo que vi en la guerra*, estando agotadas las dos ediciones. Un año antes Noel había sorprendido a su generación literaria con el famoso cuento *Alma de Santa* del que Ortega y Gasset había de escribir que era la más bella narración imaginativa de su tiempo, y todavía es hoy, entre los jóvenes, como un Libro de Horas, como un Breviario de ensueño y de arte.

La política mezcló por estos días su apasionado modo de ver en la serena visión del escritor, y de ese tiempo son obras como *El Rey se divierte*, *El crimen de un Partido político*, *Don Oliverio*, y algunas más. Después salieron sus célebres novelas *Amapola entre espigas*, *El Allegretto de la Sinfonía VII*, que colocó a Noel entre los más grandes críticos de música; *La Melenitas*—visión del Conservatorio y de los Centros musicales de Madrid;—*Artista de Circo*, *Las tres hijas del maestro*, donde Noel describe magistralmente el alma profundamente inquieta y extraña de Tórtola Valencia, y al mismo tiempo el famoso Alfar de San Juan de los Caballeros, en el que trabajan don Daniel Zuloaga e Ignacio el gran pintor; *Chamuscón y Tabardillo*; *De cuerno de morueco*; *El nene perdido*; *El Billete de Lotería*; *Misa de botón quitao*; *Como la palma de la mano de un viejo*; tenida esta obra como la más sugeridora y exacta descripción de la Mancha y de sus recios caracteres, novelita que recuerda el modo de ver de los novelistas rusos, sobre todo el de *Dostoyewsky*, *La señorita mema*, novela que creó el tipo en España de señorita linda, nerviosa, poco ilustrada, pero triunfadora en la sociedad y que con el tipo de *Señorito Chulo*, son dos creaciones enormes de Noel. En el género humorístico, Noel, que tanto ha peregrinado por Andalucía y convivido con el genio y gracia de aquella encantadora y compleja región, ha escrito *El Torero* y *El Rey*; *Vida de un Fenómeno*; *El Charrán* y *Flora la Valdajo*; *El as de Oros*; *El Picador* y *Su Mujercita*, homenaje éste último a la memoria del famoso picador de toros Veneno, tipo que Noel ha popularizado en sus decires y ocurrencias. Sobre Andalucía Noel ha escrito obras definitivas de amor y de estudio; recordamos su libro *Señoritos Chulos*; *Gitanos y Flamencos*; y su célebre *Semana Santa en Sevilla*, considerada como la evo-

cación sin superación posible de esta Ciudad de maravilla. Noel escribe en estos momentos otro libro sobre la ciudad de Ronda, titulado *Serranía de Ronda*, y hace años que pergeña las páginas de *Mezquita Aljama*, libro acerca de Córdoba, para hacer el cual Noel visita y vive la ciudad continuamente. Además, se espera en los círculos literarios españoles con verdadero interés la *La Trilogía dramática del alma andaluza*, en la que Noel cree haber superado la visión de los Quinteros: *Cante Hondo*, *La Muerte del Maestro* y *Blas Bocanegra*. Noel es madrileño, pero el alma de Andalucía ha arrebatado a la gracia picante e irónica de la capital este hombre. Y es curioso, porque al principio de su celeberrima campaña contra el flamenquismo y las Corridos de toros, Noel sufrió persecuciones en esa región, llegando a correr verdadero peligro de muerte.

Eugenio Noel ha escrito libros como *Pan y Toros*; *Escenas y Andanzas de la campaña antiflamenca*; *El Flamenquismo y las Corridos de toros*, *Cornúpetos y Bestiarios*, este libro, reunión de artículos escritos en la misma plaza de toros; la *Providencia al quite*, y centenares de crónicas sobre la fiesta nacional, que le han convertido en el debelador más formidable que tuvo nunca la afición, llegando estos libros y sus centenares de conferencias a influir poderosamente en la desaparición de la fiesta, que ya estamos observando. Pero lo interesante de esta fase espiritual y patriótica de Noel es que, siendo él mortal enemigo de la fiesta cornuda, es quien la conoce mejor y eso es opinión general en España y aquí en América hasta de los aficionados más insignificandos. No hay en la fiesta nacional cosa que ignore el gran escritor. Ello es debido no sólo a la enorme documentación cultural de este hombre, sino que con audacia sin ejemplo vive la vida de esos lidiadores, cantadores, tocaores, gitanos, aficionados y flamencos, y la vive con verdadero cariño y nobleza, siendo cosa digna de señalarse que, contra lo que todos suponen, los toreros tienen cariño y respeto a Noel. Es famosa la amistad que el *Gallo* tiene con Noel; *Veneno*, el picador, era su mentor en Córdoba y, en esta misma ciudad, Juan Molina, el hermano de *Lagartijo*, le estima mucho. Eugenio Noel es autor a este respecto de libros descriptivos incomparables como *Las Capeas* y *Los Nervios de la Raza*, dos prestigiosos tomos en los que el ánimo queda sobrecogido ante la descripción insuperable de los maletillas, de los villorrios, de los toros de capea. El maestro Azorín ha dicho de estas escenas que no pueden mejorarse. A estos libros siguieron *Castillos en España*; *La Epopeya de las Capeas*; *Las Raíces*

de la tragedia española; *Juicios de valor* y *Piel de España*, cuyos capítulos son modelo de labor periodística y alteza de miras; *Viajes líricos en tren*; *República y Flamenquismo*. Noel ha recorrido palmo a palmo su patria en peregrinación de cultura. No cree el escritor que haya otro problema en España que el de la cultura e instrucción, y, convencido de ello, se lanzó en 1911 a esa campaña cultural de Conferencias que es una obra maestra de tenacidad, patriotismo y convicción. Espanta considerar la energía que há de haber necesitado este hombre, sólo por temperamento, solitario por carácter y no muy suelto de dinero siempre, para afrontar tanta caminata, gasto, peligro y derroche de energías.

Pasan de mil las conferencias culturales dadas, de arte, de raza, de ciencia—Noel es un enamorado de la ciencia en grado heróico—de sociología; de todo, porque este hombre es un enorme y eterno estudiante de todo. No hay sino leer sus libros, sus cuatro tomos de *Agua-fuertes ibéricas*, dos de los cuales, editados por Calpe, son: *España nervio a nervio* y *Agua-fuertes ibéricas*; *Alma y Raza* y las magníficas crónicas de arte y viaje que Noel publica en la gran revista madrileña *La Esfera* o en el *Nuevo Mundo*. En esas *Agua-fuertes* traza Noel la visión de la inmensa riqueza artística de España, y la no menos excepcional de temperamentos y almas iberas, siendo estas visiones originalísimas y de singularidad excepcional, sobre todo en lo que respecta al lenguaje que ha llegado a asombrar al mismo Cejador. Acerca de esto no hay sino recordar las crónicas de *Los Lunes de el Imparcial*, donde con *Ajo arriero* y *Día de feria en el Hénar*, comenzó Noel a atraerse la atención de la Real Academia.

Entre las cosas de arte puro, narraciones y visiones solamente artísticas, descuella la obra cumbre: *Vidas de Santos, Diablos, clérigos y Almas en pena*. Nada que abrume como este libro en el que se atesora una cultura increíble junto a una deliciosa exposición. El famoso capítulo sobre la no elección, en el Cónclave, del Cardenal Rampolla es ejemplo de ello. *Estaciones de amor y pensamiento* y *Horas de música* finalizan hasta ahora esta labor incomparable de un hombre solo que todo se lo debe a sí mismo, con cerebro de hombre y alma de niño. Por cierto que Noel tiene una obra, la única que él califica donosamente de *maestra*, y es un nene, realmente precioso, de cinco años de edad. A propósito de él escribió una breve y primorosa novela titulada *Rayito de luz*, que le fue pedida hace meses por la Secretaría de Educación Públi-

ca, Departamento de Cultura Escolar, para hacer copioso reparto entre los niños y maestros. Entre las atenciones que Noel, huésped de honor de México, ha recogido de allí, es la que estima en más. Noel prepara labor, y esta labor, que dado su carácter, se realizará, es más poderosa que la anterior. Años lleva escribiendo los seis tomos de una obra que titula: *La Novela de la Vida de un hombre*, y otra sin título, muy vasta en proporciones, sobre la Raza, que abarcará el genio de su Patria actual.

De América está escribiendo el libro de México y un libro de cuentos titulado *A orillas del lago Chapala*. El libro acerca de México es esperado allí con ansiedad, pues el de Blasco Ibáñez les dejó deseos de ser más a fondo y con mejor realidad estudiados. Noel prepara labor literaria sobre la América Central y América del Sud, y como no escribe este hombre justo y noble sin documentación y verdad, suponemos que lo hará como estamos acostumbrados a verlo en sus libros, en el autor de *Oros viejos*, *Dama ibérica* y tantas otras obras como hemos pretendido recordar, pues no creemos esté en estas líneas completa la labor realmente grande de este sincero y noble hijo de España.

EUGENIO NOEL, sencillamente vestido de negro, entra en la sala de nuestro Coliseo en medio de un absoluto silencio; espera, limpiándose las manos con un pañuelo, a que los morosos ocupen sus asientos y empieza a hablar suave, lentamente, con aire de tristeza.

Son sus primeras palabras efusivo agradecimiento a los que le ofrendaron su ayuda o su asistencia y con brusco cambio de entonación aborda el Tema del alma de la raza enfrentándose a él, desde los primeros conceptos, de modo muy original. Su maestro, Joaquín Costa, el león de Graus, había no sólo sellado el sepulcro del Cid, sino caricaturizado con la palabra glosofobia el desmedido prurito de hablar que consume el inquieto corazón de la Raza. No es verdad que al hablar sin tregua, al hablar loco le debemos nuestros mayores males? ¿No es cierto que

nuestra Raza se distingue de las otras fundamentalmente por una desaforada charlatanería lírica que aplica a su singularísima conformación social, lejos de toda positiva experimentación? Qué sumas de inteligencia gastadas en esos trucos infinitos de esgrima del verbo.... Qué fatalidad la nuestra que nos aleja del libro y del hecho concreto para sumergirnos en océanos de palabras huecas. Nos asusta el Laboratorio. No tenemos la sublime paciencia del experimentador. El alma árabe tal vez forjó en nuestras orejas ese sentido enteramente ibero-americano que consiste en escuchar, que es como embriaguez de audición insaciable. Allá en los zocos de Marruecos, al aparecer el santón narrador de fantasías, todos abandonan sus sacos, sus camellos, los corceles, el negocio, y hasta los niños forman grupo en torno al viejo que les distrae de tareas tan provechosas con leyendas y cuentos. ¿Qué es eso, cómo se llama el misterioso acento que reúne cerca del anciano al sórdido camellero, al brioso señor de la guerra, al comerciante imperturbable?... Se llama ansia de oír; es un profundo deseo incontrastable de abrir el alma a no se sabe qué soplos ancestrales; es delirio de emoción, de vida brusca y franca, lejos de toda preocupación de espíritu o lucha mental.

Y hé ahí la inconvencible base del supremo problema. Si ese pueblo nuestro no va a los libros, no acepta la fuerte sugestión del hecho y, al mismo tiempo, el intelectual moderno odia la palabra que obró tanto daño en su raza, cómo influir sobre ella? Hablando; es claro. Pero hablando de una manera nueva, cediendo ante el nerioso genio de la estirpe, mas reduciendo esa acometividad substancial a moldes estrechos. La única vez que Noel se asomó al Parlamento de su Patria, en la tribuna de la Prensa, leía un gran hombre ibero, uno de esos grandes hombres que tienen los pueblos sin que los pueblos se enteren de ello, uno que es con Flores de Lemus la autoridad mayor técnica en finanzas, cierto proyecto. Todo era allí esencial y práctico; en aquellas cuartillas se manejaban los miles de millones del presupuesto vigente, los absurdos déficits, los intrincados asuntos internacionales de la deuda pública. El Parlamento repleto se cansaba de oír. Aquellas cifras adustas hastiaban, aquellos guarismos secos rebotaban como frío granizo en las almas ardientes. Y principió el desfile en los escaños. Diputados de la derecha o de la izquierda, conservadores o republicanos, se iban, primero subrepticamente; luégo con descaro. Y el gran financiero quedó solo, tan solo que, fulgurando en sus ojos miopes la ira, hubo de entregar a los taquígrafos las hojas letales pero protestando,

en nombre del alma de los días actuales donde todo es exponente de ley económica. Al sentarse, humillado, el viejo limpiaba de sus lentes una lágrima; lágrima, decía Noe en frase fulminadora, que es la lágrima que derraman en nuestra Raza, los pensadores, los que tienen que decir cosas fundamentales, los inventores; lágrimas que son la impotencia para desvirtuar escenas como la que se desarrolló pronto allí mismo.

Y fue que sonaron los timbres en los pasillos y volvieron los mandatarios y procuradores en Cortes y se llenaron tribunas y escaños y el gran viejo anonadado detrás de su pupitre pudo ver la gloria de un orador enorme que horas enteras entretuvo a un pueblo sin decir nada; más en aquella laringe las cifras eran luces de bengala y los guarismos chispas y el árbol de pirotecnia embaucó las almas como siempre. Sin embargo, el humilde oyente de la tribuna de la Prensa dio la razón al viejo como años antes, no muchos, se la diera a Miguel de Unamuno, entonces rector de la Universidad de Salamanca, en famoso artículo venido a sus manos, allá en la silenciosa Biblioteca del Museo Pedagógico, y gustado entre libros de psicología de la discípula de Guido Bacelli. ¿De qué sirve ya la necia pompa de la palabra? ¿De qué tanta inteligencia acaparada en las almas de los intelectuales pasivos tan semejantes a los de los millonarios que atesoran recursos inmensos sin darles salida por los grandes cauces del moderno industrialismo? Estamos ante un pueblo de admiradores de charlatanería difusa y una masa de intelectualismo inactivo que no busca nuevos modos de influir arrollado por esa alma de Raza que es de bronce, implacable e inexorable, alma macho, tan varonil, tan recia que sólo cede momentáneamente a una impresión que sea como ella es de una espontaneidad de conflagración de pólvora. Sólo el escándalo, el sentimentalismo impulsivo, la emoción libre, producen efecto en ese público que no encuentra hombres que afronten la impopularidad. Es que casi todos los que le hablan le necesitan. Es que son políticos y buscan mayorías, no selección. Es que, en ese pueblo, heterogéneo y difícil hasta la locura, se dan juntos los mayores méritos y las más vergonzosas cualidades y son pocos los corazones capaces de no difuminarse en la simpatía irresistible de tal mezcla.

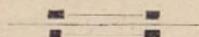
EUGENIO NOEL, cuya palabra inagotable se adapta siempre a la comprensión de todos, busca de nuevo símbolos que le lleven a la realidad del concepto y describe a brochazos, tan suyos, el afán de saber que palpita muy hondo, como soterraño, en el alma de la Raza y esa incapacidad fatal que conspira para que no se traduzca en posibilidades de normas superiores. Bella evocación aquella del pastor del Guadarrama. Una noche, cercados de lobos en un chozo, el conferencista lee a una docena de pastores, al amor de la lumbre, cierto romance de los ciclos artúricos: el de Blancaflor. Los pastores oyen con su atención incomparable y uno de ellos, como vivo de majeza silvestre, cachorro de romancero montañés, llora escuchando. Ah, es que no sé leer así—exclama el mozo, interrogado por el escritor—no lloro por lo que escucho. ¿No es así nuestra Raza? Quiere y no puede. Está muy dentro de ella la impulsión, la volición misteriosa, pero que no tiene continuidad como si fuera privativo de nosotros la no continuidad de las intuiciones, el prurito contemplativo y somnoliento. ¿En qué extraño consorcio se dan en nuestro pecho la virilidad y la ensoñación, la masculinidad irresistible y la pereza por la realización de un ideario cualquiera? No se ha querido estudiar bien la no disposición por la cultura de ese pueblo tan raro. Todos son a hablarle del saber, de la instrucción, de la educación. Todos son a decirle en magníficos párrafos qué cosa sea la ciencia y qué beneficios deliciosos proporciona; más, ¿quiénes sometieron primero su entendimiento a ensayos de resistencia? ¿Dónde está el secreto de esa Esfinge sombría racial puesta sobre sus patas de espaldas al sol, con el entrecejo eternamente fruncido, pero con los labios hartos de risa?... Hay en esas Razas nuestras una bochornosa predisposición que tiene mucho de taras, de algolagnias, de morbosas caries síquicas, junto con el deseo inconsciente de no ser así. Ved el niño de escuela primaria descrito por Noel. Preguntadle historia y preparáos a escuchar exégesis encantadoras. Qué bien habla ese nene tan simpático y listo; qué conocimiento tan gustoso posee de reyes y héroes, de batallas y de discursos beluarios; qué sabrosos resultan en sus pequeños labios los casos de la acción heroica.... Ahora, cambiad las interrogaciones. Ponedle en las manos un puntero, un mapa ante los ojos. El niño os hablará de geografía menos vehemente y pronto que antes, pero cuán exacto y juguetón, qué contento y documentado. Todo va bien hasta.... que colocáis ante su picaresca carita un negro encerado y le dáis la tiza y le

proponéis un problema. Son sus ojos entonces el poema vivo de lo que somos; entonces véis el cambio siniestro y aquellas dulces facciones se enturbian y embotan y el niño se torna en fea estampa de cerebro premioso y boca angustiada por la fatiga del descorazonamiento. Su alma como la de su Raza odia la cifra. La imaginación, la llama de su sangre, su memoria, toda ella un haz de serpentinas, rechaza la doma, la especialización, el dato concreto y especulativo. Hay en ese niño el eterno héroe, el sempiterno conquistador, el poeta, el varón; no hay el buscador de problemas firmes, de resoluciones positivas.

ES extraño entonces que pueblos como nuestro pueblo cuando poseen en su acerbo riquezas intelectuales o las olviden o las desdeñen? ¿Es raro que esos pueblos entregados al machismo y la emoción abandonen al azar tan querido por ellos sus grandes valores? Esa raza vive en perpetuo drama, y como la tragedia es lo normal en ella, la existencia de todos embebiéndose en charcas de sangre, de hazañas y de deliquios e hipóstasis no puede ser contrariada en punto alguno por la miseria del genio o la lucha cruel del talento. Es raza que engendra a docenas hombres de poderoso esfuerzo mental, pero es raza que vive de sus muertos, de sus días de gloria, de su hombría, de sus fueros y privilegios. Y he ahí el horror de la actualidad de nuestros destinos. Mientras el valor y el odio, la sangre y el dolor lo fueron todo en el mundo, todo lo fue en el Universo esa Raza. Pero hoy que los méritos humanos desplazaron hacia el rojo del cansancio de tanto heroísmo y buscan su trasmutación en valores efectivos de moral y pensamiento, qué significamos? La boca se nos llena, y con razón, de nuestros prestigios. ¡Oh, Ramón y Cajal!... Mas ¿en qué contribuimos a la gloria del sabio entre los sabios de hoy? Hoy que las propias doctrinas del neuronismo están en descenso es cuando el pueblo va hacia él orgulloso de poseerle. Tarde, siempre tarde. Los discípulos del sabio inmarcesible le dejan atrás y ahora es cuando el pueblo se agrupa en torno de su figura recia de viejo aragonés. Y ayer? Ayer era cuando ese hombre joven, casado, catedrático, no tenía casi qué dar a su juventud y a sus hi-

jos. Ayer era cuando, no poseyendo unas pesetas para poder comprar un microtomo automático de Reichert con que cortar los elementos microscópicos de una neuroglia, se servía de una navaja barbera! Descubrir las terminaciones del fino tejido nervioso con una navaja barbera!... Penetrar en el santuario del entendimiento y en el medio más abigarrado y complejo que engendra la Vida con instrumentos como ese, sin un ultramicroscopio Zeiss, a puro genio, con sólo el prodigio de una voluntad de hierro!... Don Luis Simarro y el admirable Olóriz, el médico Amalio Jimeno y otros le prestan algún dinero y marcha a Berlín, al Congreso Histológico. Allí sucede un drama. Nadie se acerca a él. Tiene que arrastrar del brazo él mismo a Kolliker y a Valdeyer y vencer así cuando esos sabios vieron, en desfile de irreprochables preparaciones tenidas lejos de Golgi, con oro sublimado y uranoformol, los cilindros, ejes, axones, cestas pericelulares y demás cortes del inmenso enigma. Nos lo devolvieron convertido en otro. El mundo le aprehijó y nos echó en cara nuestro descuido y malbaratamiento de energías poseyendo hombres como ese. Y si fuera solo, ayer y hoy? Y Galdós? Con la copa de champagne espumeante en alto nada menos que Cánovas del Castillo celebraba a ese escritor como símbolo andante de la Raza? Quién no habló de él, quién no explotó su nombre para estudiarle, quién no se enorgullecó de ser coetáneo suyo? Y, sin embargo, todos hemos presenciado el tenebroso espectáculo de su muerte poco después de aquella subvención de treinta mil duros con la que España fue en socorro suyo. En socorro de qué? Esa miseria ni aún bastó para sacarle de las garras de la usura. Y es que esa raza de hierro, desbordante de fiereza y altivez cuando de su amor nacional se trata, de su orgullo e independencia de sér, pone mientes escasas en sus hombres de valía. *Esta es Castiella que hace los hijos e les gasta*, decían ya en los tiempos medioevos, y eso es verdad aún y Dios sabe hasta cuándo lo será. Morir como Galdós a los setenta y tantos años sin dinero que amparase esa vejez; tener que pedir en pleno Parlamento una pensión para Cajal el día de su retiro de la Cátedra explicada en San Carlos; permitir que ingeniero tan grande como Torres Quevedo anduviera por Europa hasta hace poco vendiendo a los extranjeros sus máquinas automáticas, el telekino, el jugador de ajedrez, los proyectos de estabilización de dirigibles o trasbordadores como el excelente que salva los rápidos del Niágara; ignorar los trabajos soberbios de Turró hasta hace escasos años y la maravillosa labor en coloides de un Roca-

solano, entre otras y no pobres cosas, ¿no es significar de qué clase es nuestro modo de ser? Claro está que esos y otros hombres no eran totalmente desconocidos, pero de nada sirve en un país que las inteligencias maestras, que los cerebros cumbres sean del dominio de unos cuantos iniciados y de los especialistas y los ignore el pueblo.

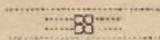


SE ha dicho que nada interesa la intervención del pueblo en la gestión científica de sus sabios y ni aún técnicamente eso es verdad. No sólo necesita el sabio de medios sino de amor y de popularidad sin tasa. Esta y aquel vienen tarde cuando vienen; y, entonces para qué les sirven? Y, si en todas las Razas pasa lo mismo, eso no nos importa porque ahora debatimos la nuestra, el destino futuro de la Patria que amamos tanto. No nos decía Torres Quevedo, exclamaba Noel, ya vencedor, allá en Madrid por los altos del Hipódromo, señalándonos su franca y leal cabeza donde ya ha nevado, no nos decía que la gloria pintada como mujer, y mujer joven por los artistas había venido tarde? Sangriento y castizo epigrama es el tal. Esa Raza no puede preocuparse de dar los medios que los grandes hombres que engendra necesitan, sencillamente por una de esas tantas verdades en que pocos buscadores de psicología ibera hubieron de reparar; porque ella misma no los echa de menos; porque ha inventado el funesto lema, que ha convertido en apotegma de estirpe, de que la falta de medios se suple con heroísmo, con sacrificios la miseria; con ideales el horrendo espectáculo de una riqueza mental exuberante junto a visiones groseras de realidad. El orgullo de un país, el noble orgullo, es la capacidad de creación de hombres eminentes. Nuestra Raza es y ha sido fertilísimo humus creador de formidables hombres de genio; pero el orgullo de poseerlos sólo es laudable y aplicable al alma de las Razas cuando éstas los siguen amorosas en sus pasos y les facilitan el trabajo enorme de crear. ¿Qué derecho tiene un país a hacer suyo un descubrimiento, invento o ideario de cualquiera de sus hijos si éstos laboraron años luengos en la sombra e inopia? Eugenio Noel, acariciando esta idea central en todos sus matices, sigue sus derivaciones en dos corrientes paralelas que va entrecruzando con

arte. Antes y después, en los viejos siglos como en los días modernos, ha sido igual entre nosotros ese desvío por el hombre de genio. Este se ha dado y ha emigrado o ha perecido en los repliegues macabros de la incomprensión y del aislamiento. Es tenebroso pensar cuántos perecieron o se desvanecen hoy por falta de ambiente propicio. El pueblo idolatró siempre sus hombres de acción. La guerra en que por mil circunstancias, su propio carácter la mayor de ellas, ha tenido que vivir siempre; la lucha eterna en que la sumió su propio temperamento; el culto al valor puro, efecto de su alma de ario, mohedino y trashumante; el constante gesto heroico en un suelo donde vinieron una tras otra a combatir las más recias y avaras razas del mundo; su genio ganadero, de señor de clan, de régulo de tribu; la actitud constante de defensa de un país rico codiciado por las más poderosas naciones del mundo, vertieron sobre el país y en su sangre inquietudes extremas y proyecciones monstruosas de contrariedad perpetua, de quisquillosa reacción contra todo, de un vivir en alerta continua, con el alma a caballo en la frontera.

El héroe, siempre el héroe; siempre el actor. Los guías de nuestras muchedumbres, los faros de nuestras conciencias fueron siempre grandes energéticos. El divorcio del pueblo con su Estado y con sus intelectuales fue completo a excepción de felicísimos paréntesis que más tarde habían de ser nuevamente cegados. Aníbal, en cuya sangre había vida ibera, fue capaz de la hazaña increíble del puerto de Perthus en Lérida y las cimas enormes de los Alpes. Catapultas y arietes pasaron por allí en milagro que es hoy el acto más soberbio militar que puede servir de ejemplo. Noel escribe con pasión la arrolladora marcha, las victorias de Trebia, Tesino, Tresimeno y Cannas sobre las asombradas legiones romanas que les creían caídos del cielo. Aníbal se detiene en Capua. El eterno moralista ibero siempre profeta y nunca oído, le decía: «Vé sobre Roma, no lo dejes para luégo». Aníbal bebía entre rosas y mujeres. Tuvo tiempo de rehacerse Escipión y el inmenso soldado ibero cartaginés, fue deshecho. De nada sirvieron las hazañas de Tarento. Zama se irguió como Némesis ante él y, cuando reducido a cadenas, gemía el general enorme, el mismo moralista le decía en el oído: «Sabes vencer, Aníbal; no sabes aprovecharte de la victoria». Así hablaron a la Raza sus hombres siempre y no les hicieron caso jamás. Esa raza hecha para vencer sabe vencer; jamás acierta a aprovechar sus propias conquistas. ¿Qué resta a los españoles de su poderío? Suyo era el mar y hoy es de todos me-

nos de ellos. Tuvieron tres veces la hegemonía de Europa y dos el dominio del mundo. América fue suya. ¿Qué les queda? Recordando los días luctuosos del año 1898, —Noel gusta ofrecer simultáneos dos hechos lejanos para demostrar la continuidad catastrófica del carácter ibero— no es absurdo, cruel, el panorama de un pueblo ebrio de heroísmos lanzándose sin freno sobre un pueblo estoico preparado con máquinas? El no las tenía ni le importaban un bledo. Esa raza no se ahorró jamás un dolor, ni simplificó nunca un esfuerzo. Sólo un gran viejo—el eterno profeta no escuchado a tiempo—Pi y Margall—se oponía. El anciano sublime conocía al yankee. El pueblo pasó sobre él y se lanzó en barcos de madera por el mar tenebroso. Pero aquellos barcos eran de madera y los escasos cañones no eran de gran alcance y pocos los proyectiles y bastaron unos minutos a los norteamericanos para aplastar contra la costa aquella escuadra fantasmal de locos. Valor? De bronce. Con él suplían los bravos marinos la falta de corazas protectoras de los cascos; mas ¿qué otra clase de factor a no ser de carácter moral es hoy el valor? ¿De qué sirve contra máquinas que arruinan a distancia, que destrozan desde lejos? Noel cuenta el admirable episodio de una narración del almirante Sampson. Aquel marino ibérico que, deshecho el brazo, el hueso al aire entre piltrafas de carne chorreando sangre, sube por su pie la escala del Iowa y, cuadrado ante Sampson con la gallardía del soldado español, le hace un gentilísimo saludo de ordenanza, pone en boca del comodoro norteno: «Oh, raza esta de leones.....» Verdad; raza de leones que no saben gobernar ni administrar su rica sangre indomable transformándola en sabia previsión y prudencias de espíritu.



NUNCA oye a sus hombres de cerebro potente. En los últimos tiempos uno de los jóvenes de más valía de España, José Ortega y Gasset, quiso dar savia nueva al viejo y correoso liberalismo ibérico. Fue escuchado porque esa Raza lee poco pero escucha muy bien. Fruto? Ninguno. En la antigüedad España, producía los dos Sénecas; Marco Anneo y su hermano se fueron a Roma y en Roma triunfaron. Silio Itálico, Lucano, Porcio, Latrón, Quintiliano, Marcial

el admirable, se fueron allí. Allí hubo de escribir Columela el andaluz su magnificante Tratado de Agricultura que no había de ser superado sino por el de un español también, el de Abu-Zacarías; Mela el geógrafo, Prudencio, vencieron allí. La emigración de los mejores siempre. Ese pueblo de hierro selecciona sus hombres al revés. La valía mental es sacrificada en holocausto de la estupidez heroica. Bellos períodos los de Eugenio Noel cuando ve levantarse en sus viajes por España ante los acueductos, circos, teatros y termas, las sombras de los mejores gobernantes romanos que fueron de sangre española. ¿Qué raza es esa que tiene en su matriz un Trajano, un Adriano, Teodosio, Marco Aurelio, Othon? Pero esa raza no los aprovechó, fueron romanos y vencieron lejos de su sangre. Ah, el bello y sugeridor libro del joven diplomático Bastera acerca del genio de Trajano y su intervención en Oriente!... Lágrimas de las cosas.... ¿Habrá en España una página de su Historia que no esté empapada con ellas?

Y hoy como ayer los valores efectivos en indiferencia de muerte. Eugenio Noel clama contra el no aprovechamiento de los mejores. Cuándo hubo en España mejor generación intelectual que hoy? Y quién cuenta con ella? No se la conoce siquiera; al pueblo no llegan sus nombres sino tarde y cuando llegan. Su mejor matemático vuelve triunfador de la Argentina a Cádiz y a nadie importa; llega un torero conocido por Joselito y se descuelga a los muelles de la Gadex de los Dorios media Andalucía. Eso significa el triunfo, en el alma popular, de la emoción sobre la idea; pero eso significa la muerte de un país. Rey Pastor no es solo. Vuelven de allí Cabrera, sabio en física matemática, Eugenio D'Ors tan gran pensador como artífice de la lengua, Ortega y Casset el más interesante profesor de la generación actual; a nadie importan. ¿Importa a alguno lo que hace Pi Suñer en fisiología; en patología general, Novoa Santos; en secreciones de glándulas internas, Marañón; en economía, Ramón de Olascoaga y Olariaga en la política; en lógica, Besteiro; en arquitectura, Anasagasti; Eloy Luis André en Ética española, en Radioactividad, Muñoz del Castillo y Calatayud Costa? ¿Son muchos los que saben de Psicología descriptiva, de Viqueira; de Medicina legal, de Lecha Marzo, muerto como Achúcarro en pleno vigor genial y en absoluta indiferencia; de Histología de Tello; de Técnica Pedagógica, Luzuriaga; de Geología, Pacheco, Bernaldo de Quirós y Navarro; de Etnología, Hoyos Sáinz y Aranzadi; de Derecho y Legislación, Rivera y Pastor; de Pedagogía experimental, Lafo-

ra? ¿Conocen un Castellarnau, un Fernando de los Ríos, un Morente, Zulueta, Américo Castro en Filología, Barraquer, Terradas, Gascón el ingeniero, Pablo Azcárate, en Política colonizadora, Banús, Hernando, Recassens y el cien veces admirable doctor Tapia cuyo triunfo último en París fue tan grande que logró herir la propia insensibilidad española?... Hay a'lmas tan interesantes como el maestro en artes gráficas Vilanova, un crítico como Juan Sacs, un pedagogo doctrinal como Barnés, un Romeo Lozano en Pediatría, un pintor como Solana, o Picasso, que es ibero, un escultor como Victorio Macho, un dramaturgo como Grau, un músico como Oscar Esplá, un literato como Miró?.....

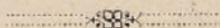
¿Dónde habrá hoy en el mundo un cirujano como el gallego Goyanes? Constelaciones de nombres insignes vienen a los labios, pero empapadas de amargor: Pittaluga, Covisa, García del Real, Juan de la Encina, Negriñ, Pérez de Ayala, Bagaria, Luis Lozano, Araquistain.... los discípulos de Cajal, los del colosal Menéndez y Pidal, los laboradores heroicos y beneméritos del Laboratorio Experimental del Hipódromo, los del Instituto de Medicina Legal de Maestre, los de Altos Estudios, los del Museo Pedagógico, los del Instituto de Reformas Sociales, el Internado de San Carlos, el Centro de Estudios Históricos, las Juntas de investigaciones científicas y ampliación de estudios, el Instituto Nacional de Higiene y tantos otros centros...

Pues bien, el más insignificante bestiarío, el torero más bufo tiene mayor popularidad que cualquiera de esas inteligencias de maravilla. Y es que la fatalidad de nuestro modo de ser, impulsivo y violento hoy como ayer, no amó la quietud laboriosa sino el sueño y la proyección de energías enloquecedoras. ¿Qué pudieron hacer los hombres mismos de Carlos III?... Nunca hubo tan grandes hombres de Estado y el divorcio entre ellos y la Raza fue total. ¿En qué influyó sobre el pueblo Jovellanos, en qué Cabarrús, Floridablanca, Aranda, Ensenada, Flórez Estrada, Campomanes?... Ley trágica sobre todos los absurdos ésta de que una Raza sea capaz de engendrar colosos y no sepa siquiera aprovecharlos en su beneficio. Noel, a propósito de esto y con su arte acostumbrado siempre oportuno, compara eso con la muerte del toro en párrafos de arrebató. Ah! ese toro con el estoque que secciona el cayado de la aorta, no queriendo morir, tambaleándose cerca de la barrera, ora sobre una de sus patas ya tías por el escalofrío de la sangre muerta, ora sobre otra, el testuz enhiesto, la angustia llameante en los ojos como si con ellos le dijera a un país: Si soy tan fuerte, ¿por qué no aprove-

cháis mi fortaleza en vez de rendirla y jugar con ella?.... Ese toro, ese es el genio; esos lances de lidia, esos son los actos de la Raza. La vida no vale la pena. Cuanto más perfecto y pujante sea el hombre ibero, cerebro o corazón, mayor será el divertimento a su costa y el solaz que produzca la contumelia. La vida no es sino espectáculo y un pueblo gigante, forjado a brazo por rudos destinos, no anda esas niñerías de espíritu. Acostumbrado al hábito sombrío del dolor, adora e idealiza el sufrimiento. Mal va a lamentarse del genio en la miseria o del talento en entredicho él, ese pueblo cuya existencia es un sacrificio continuo. El héroe vencerá siempre al sabio en su dolorido carácter.

EUGENIO NOEL rememora, en párrafo soberbio, entre otros hechos medioevos la lucha entre Alfonso X el Sabio y su hijo Sancho el Bravo. ¿Habría en Historia alguna de algún país suceso tan revelador de la psicología de un pueblo como ese? El hijo se revela contra su padre por sabio; los nobles, los prelados, las mesnadas a sueldo de los Concejos, se reúnen con él y el Rey Sabio huye con sus Astrolabios y Tablas alfonsinas, con sus Partidas y sus Cantigas, con su *Grande e General Estoria* en la que hay escrita la página más bella y laudatoria que se haya ideado en loor de España, con sus confidentes y redactores moros y hebreos y árabes, con sus tañedores de instrumentos entre los que iba Abubequer el de Ricote, aquel que le dictara los cuatrocientos poemas que componen la joya incomparable de las Cantigas. Huye y el hijo le persigue y le sitia y arroja de Segovia y le tira por el escalón de la meseta marriánica y tiene el Rey excelso que refugiarse en Sevilla y escribir desde allá a Yussuf, Sultán de Marruecos, una carta que es el Monumento mayor, no de nuestra lengua, sino de nuestra conformación moral. En esa carta todo un Alfonso X pide al rey árabe un sitio en su Corte donde acabar sus días. El sabio vencido por el héroe..... Hasta la Historia parece justificar al hijo. Porque a estos bravos de los siglos les nacen siempre catervas de aduladores, de ingenios rendidos por el dolor y el hambre que incapaces de resistir el ambiente falso capitulan con él, y le

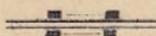
justifican hundiendo al pueblo más y más en su letal egoísmo y endiosamiento. Cuenta Noel, saltando a nuestros días; cómo hoy el ambiente suele rendir almas altivas nacidas para destinos supremos. Discípulos de Cajal eran y tenía él un condiscípulo de excepcionales dotes clínicas. Sale médico su amigo y, pobre, busca su titular. El pueblo a que marcha es un pueblo manchego y muy rico. Noel tarda en verle. Pero cierta noche, en que el literato concluía una de sus Conferencias en el Casino de aquella Villa, su amigo salta a sus brazos. Las manos de ese hombre estaban cuajadas de sortijas y los ojos de pensamientos someros. No era el mismo. Y aquél que fuera alta promesa contó su odisea. Había llegado al pueblo en epidemia gripal y cuando pedía máquinas de desinfección se burlaban; si iba al Casino con libros para leer, se reían y le vejaban; bah, es un sabio y es lástima, tan joven; si visitaba el salón de alguna damisela, las lindas señoritas le llamaban salvaje porque no bailaba y buscaba conversaciones severas. Hasta que rendido por falta de clientela y sobra de machismo, saltó en su alma ibera el varón heroico siempre dispuesto, agazapado, a dar su zarpazo y se dejó de estudios y máquinas y soledad, y enamoró la muñeca más linda y más rica y se casó con ella, y olvidó todo, todo..... Así somete el medio almas que posiblemente serían hermosas y útiles. Ese medio brutal no perdona el talento, y la epidemia de envidia de que habla Unamuno no es sino la ira de los ignorantes contra la verdad puesta ante ellos. Oh, cuando esa verdad necesita de ellos!....



CERVANTES, Cervantes mismo tan traído y llevado en las fiestas de la Raza, aquel en cuyo nobilísimo cerebro se forjó el más bello libro que pudiera soñar una imaginación, cable de oro que une, el único, España con las que fueron sus Indias, Cervantes entregó su libro a un Conde, a cambio de pan; su libertad a cambio de agradecimiento y su vida, relatada por los cervantistas indiscretos, es hoy pena profunda para el patriota. Pobre, siempre pobre, viviendo siempre de protecciones embozadas o lesivas si es que hay alguna protección que no lo sea, errante como alcahalero, del rey de pueblo en pueblo, preso en algu-

nos, solicitante como cualquier pelafustán, de un puesto en la América firme, Cervantes es el cruellísimo ejemplo del alma racial que abandona sus Grandes. Pero hay más; en el siglo en que el sol no se ponía en los dominios de España, ¿no fue cuando mayor hambre tuvieron sus Ingenios? Noel se lanza con implacable erudición y colorido al estudio y descripción de aquellas Universidades que toman en sus palabras llenas de verdad un tinte de aguafuerte. Mucha, mucha ciencia había en ellas. Habían sido alzadas antes que las propias Universidades Alemanas y presidido a su erección factores de sublimes quilates. Pero de aquellas aulas salió la Picaresca; de allí salió Don Juan; allí se crearon los eternos tipos de nuestro Teatro tan bien estudiado por Federico Schah y la más jugosa parte de la Mística en tan buena hora estudiada por Rousselot; de allí salieron las tunas y estudiantinas que al esparcirse por la Patria, mezclado el saber con la picardía, llenaron España de sutilísimos y enrevesados discutidores de todo, de leguleyos implacables que esterilizaron fuentes raciales de muy subido calor. No hay sino leer la Salamanca antigua, que hoy desentierra en bellos estudios Mariano de Santiago Tibidanes, para juzgar aquellos días, lejos de la guía sentimental de Berrueta. La Picaresca, que tan rica ha hecho la Literatura patria, moralmente es un baldón de ignominia. Los tipos de enorme proyección mundial que convirtieron nuestro Teatro en fondo común de donde a manos llenas el Mundo tomó ideas, formas y figuras, son continuación de los legendarios del Romancero y como sus últimas ramificaciones degeneradas. Noel describe al primogénito de las grandes y pobres Casas peninsulares cabalgando en brioso corcel hacia Flandes e Italia, bien repleta la bolsa de doblones y ducados, amplio chambergo colorino y taraceado de suelto plumaje y, al segundón, camino de Cervera o de Salamanca, o de Alcalá de Henares, vestido con beca negra sobre hacanea acribillada de mataduras, flaca la bolsa de dineros, de aquellos dineros que ni el Rey tenía para pagar sus servidores, de aquellos dineros cuyo uso y abuso conocemos por el alemán Enrique Haebler. El capitán, el héroe, el macho, fuego y oro. Para él, amor, la gloria y el dinero que había. El sabio, el catedrático y el estudiante, vestidos de negro, tocando en la vihuela de Salinas, endechas que alejaban la tristeza, yendo a la puerta de los conventos por la sopa. Sinónimo de tuno es todavía en España, según Noel, el estudiante y tunas se les llama a las estudiantinas, que salen en las Carnestolendas. La pobreza no da ciencia, pero aguzó el ingenio. Y ahí tenéis a raudales el origen de la epidemia

de gracia y chusca que nos cosume, la falsa alegría que cubre una miseria real, el valor que al constreñirse a un bodegaón o una calleja mata en el radio de luz de una imagen sagrada a un hombre que jugó a los naipes o que robó el amor de una matrona. Emoción, muerte y sangre en mezcla delirante con disquisiciones de escolanía, bajas escenas de venta, hamperías de burdel, toros y cañas, procesiones y torneos de poesía a caño libre. Hé ahí el Romanticismo que es todo nuestro por desgracia; hé ahí el lirismo desenfrenado que pudrió el cerebro de un país; hé ahí el sentimentalismo que culminó en Místicas de inmensa trascendencia en el orbe, pero que, salvo aumentar el acerbo literario amplificaron desmesuradamente el afán inaudito de quietud y ensueño de alma que nos distinguió desde las ideas priscilianistas. De modo que nuestras Universidades gloria inefable e indiscutible de España, afirma Noel, son a la vez los Centros de los que irradiaron luces siniestras plasmadas para mayor mal en obras maestras que nos envidian. Siempre juntos, como antes decía, en España el mérito y el mal, la simpatía y el daño, las más desaforadas bellezas entrañadas en las corcovas más repugnantes.



Yo hablo, como decía Alfonso X el sabio al escribir la *Crónica General é Grande Historia*, después que «hobo ayuntado todos los antiguos libros». Porque no es desgraciadamente con el espíritu de crítica moderna como escribieron por los días más difíciles de la gestación histórica y espiritual de España aquel Pacense del siglo VII, ni el Semalitense del VIII, ni el Cronicon Albendense de los años que precedieron al milenio, como dentro de este ocurriera en los primeros años con el Obetense, en la década primera con los Anales Complutenses, casi al promedio con los Compostelanos y con los Toledanos al final de ese siglo.... y hay precisión de rehacer hoy mismo el concepto histórico adaptándolo al genio de los descubridores del atlas del pensamiento actual lejos de todo barroquismo o anacronismo por muy deliciosos que sean, lejos de ese lirismo al que por exceso volvemos, al parecer sin remedio, lirismo del siglo IX y X en que las personas de alguna ilustración hablaban en verso, como recuerda Pompeyo Gener. Nos ha

gustado siempre mucho detener como Juan de Mena en su Laberinto la rueda de Cronos o levantar el techo de las casas como el Diablo Cojuelo, de Guevara. Nuestro case-rismo y criticismo de todos los tiempos nos llevó bien lejos de toda exacta documentación capaces por nuestra in-transigencia de arrojar como Omar al fuego la Biblioteca de Modam o de quemar la de Alejandría para calentar los baños. Hay que hablar de la Raza sobre terreno firme y más a esta América donde sucede respecto de su lirismo lo que en aquellas tribus árabes en las que la aparición de un vate inspirado se anunciaba con trompetas a las demás tribus y se consignaba en los Anales como deseadísimos evento, donde a un poeta actual como a Chocano le votaron los ediles de un Concejo mil pesos por «llevar un continente en la cabeza» según frase de uno de sus Síndicos. En la médula de esa Raza sobria e intransigente cayó y medró sin necesidad de abono la fe musulmana y ésta, al exaltar la fe católica, no habría de dejarla en paz nunca, porque arrojados los moros, abencerrajes y moriscos, traicionados los valentísimos alpujarreños, rondeños y hombres de taifas, España se dirigió contra el Protestantismo que le importaba una nonada políticamente, se zambulló de cabeza en la persecución de la tibieza de los profesionales de su propia fe, encendió las fogatas de la Inquisición, persiguió los indios de América, ennegreció el risueño Flandes del 1568, discurrió Ordenes Religiosas que se llaman Compañías, organizó el Apostolado de misioneros que habían de soñar en convertir Universos como el alma del Oriente. El caso era, como es hoy, nunca estar en paz, dar salida por algún sitio, el más angosto siempre y con placer buscado, a la proyección férrea de la Raza. Mas si, en el fondo, esa alma de España en lo que tiene de racial es tan poco expansiva, como le sucede al genio campesino y ganadero oscilando en el estrecho paso de sus agostaderos y montaneras ¿no sería la sangre árabe que corre por las venas la que conquistó a América y la descubrió, la que nos impulsó a marchar sobre naves casi tartesias más allá donde Omar hubo de refrenar su caballo?..... ¿Serían las glorias de los héroes árabes y sus himnarios los que fecundarían realmente nuestro genio, la inagotable cantera de nuestros romances convertidos en actos? Todo el Romancero del Cid ¿qué es sino una relación de guerra con los moros? Entrad en las Leyes de Partida, en las de Toro, en el Especulum, en el Fuero Real, en la Novísima Recopilación y ellas os dirán cómo se infiltró el alma árabe en el país. No existen hoy mismo pocos pueblos sino muchísi-

mos donde los ritos cristianos de la Semana Santa del Señor comparten su popularidad y arraigo ancestral o raigambre en el alma del pueblo con la lucha simulada de moros y cristianos; y no es sólo Alcoy en Alicante con su grandiosa evocación de los tiempos pretéritos, sino que el triunfo de la Cruz sobre la Media Luna fue consustanciada en las propias almas indias por los conquistadores y yo mismo he visto en la América Central, por Costa Rica, que se visten los aborígenes con colorines y fingen ellos esa misma lucha de siete siglos y medio que absorbió nuestra energía.



SOMOS el pueblo, señores, en el que más que en el mismo Islam se ha realizado la profecía mosaica a Ismael: «Será un hombre fiero. La mano de él contra todos y la de todos contra él; fijará sus pabellones de frente a todos sus hermanos». Y ¿no es verdad que nos hemos pasado la vida en estos campamentos en los que el alma beduina del pastor levanta las tiendas y el genio guerrero almohaza el caballo de lidia?... Oh, esa alma hispano-árabe que conocemos por el Almakari y Gayangos, Dozy, Simonet, Frey gat, Derembourg, Casiri, Lerchundi, Kosegarten y Wustensfeld, qué parecido moral al alma americana que nos reveláis a los iberos en vuestros actos y libros! Centauros y argonautas más tarde; pastores primero y guerreros después, esa túnica roja del combatiente que vista del revés es sayal y cuya capucha liada en torno de la cabeza es turbante!... Cuando el maravilloso pueblo tal vez y, sin tal vez, el más grande de la Historia, desbordado por el mundo desde las llanuras del Hedjad, lo había sometido al Coram por la espada y la literatura; aquel pueblo en cuyo elogio dijera el cordobés Ebn-Abd-Rabbon en su Kitab Alikid casi las mismas palabras que había de escribir Alfonso el Sabio en su Historia en elogio de España, no obligó a nuestro Ocampo, Flórez, Masden, nuestros Enciclopedistas todos, a hablar de él como el Numa al persa Cosrróes?... ¿Es que no somos aún nosotros y vosotros también los mismos hijos de Ismael, del hijo de Agar, los de los tristes y misteriosos destinos, sobre sus caballos klanis oriundos de los sementales de Salomón, el keffie a

la cabeza, jaique al hombro y djerid al brazo, arrogantes aventureros que caravanean con el doble aspecto de negocio y de piedad, jercarcas, patriarcas y conquistadores, poetas, pastores y héroes, todo a la par? ¿No es nuestra historia de la Raza como esa piedra de la Kaaba allá en la Mecca que fue primero un rubí, brillante núcleo primitivo de la tierra, y después se ha ennegrecido como ella por la pervisión de los hombres? Quien ha hablado de que nadie rompió la unidad férrea religiosa de la Raza, y creo que fue Menéndez y Pelayo, ha tenido razón y hasta la Constitución del 76 parece escrita por aquel San Leandro que fijara los destinos confesionales de España en el Concilio III de Toledo. Unidad religiosa, moral y política, ¿no es de ellos, no viene de ellos nuestro fanático modo de ser en todo? Cuando en las ferias, donde por cierto véis juntos siempre lo mercantil y lo religioso y lo guerrero como en sus zocos, en sus ventas, patronos y toros, reliquia árabe pura, oís hablar a los campesinos aquel: «*A la paz de Dios*» y «*En paz de Dios*» de los tratantes; aquel *Adiós y Dios os guarde* de los que se saludan o mendigan; el *Dios lo quiere* de los desgraciados; el *Dios sobre todo* de los que lo invocan; el en *el nombre de Dios* con que empiezan nuestras Constituciones y Documentos más graves, Testamentos, Contratos o alborosques; el *si Dios quiere* de las despedidas o promesas y tanto más ¿no os está hablando del *allah* árabe; el *Bism Jllah*, del Islam, el *Allah Akbar* de los almuédanos?... No es que olvidemos nuestras grandezas en reinados tan progresivos como el de Alfonso X y Juan II de Castilla, de Alfonso V el Magnánimo, el alma de los Romanceros y Cancioneros, la hechicería de nuestros Mesteres de Clerecía y Yoglaría, el orden de nuestras Crónicas Rimadas, la savia de nuestras Gestas portentosas, es que no olvidamos, es que no queremos olvidar las lágrimas de Boadil en Padul, las últimas estrofas del Asadí en el Generalife, el último rugido de Aben Abóo en las Alpujarras. No los queremos olvidar. Nuestra psicología sin ellos es letra muerta. Como Kaid coleccionó en las Nubas los aires andaluces, nosotros almacenamos en el alma racial aquellas formidables concreciones de afectos. Ah, el Cánon de Avicena, el botánico Ibu al Béitar de Málaga, el folklorista Saalibú, el físico Tofail, el filósofo Averroes, el médico Ben Zoar, el cirujano Abul Cassim, polígrafos como Ezra y Linosod, Mecenas como Al Hakem II, autores del *Espejo de Principes*, Al Mazur y Al Mohtí conversadores como Almed Ben Said de Toledo....

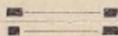
ESPAÑA, decía Bismark, es el pueblo más grande de la tierra, porque hace siglos está empeñada en suicidarse y no lo puede conseguir. Pero si no lo consigue, ese estado de agonía volitaria por fuerza ha de traducirse en mal muy agudo, gérmenes de cosas horrendas. ¿Y qué más horrendo que conservar en lo profundo de su sér la imprecisa visión de todo lo que pasó, ser víctima de ello y no aprovechar figuras y cosas que fueron suyas? Drama el nuestro sin nombre. Ese mismo pueblo que no olvida y, lejos de eso, hizo suyo todo el misticismo, individualismo, lirismo y picaresca de esos días, es el que olvidó grandes núcleos de cosas sublimes que se habían engendrado al calor de espléndidas libertades. Es el pueblo que hoy busca en Rusia lo que ya tuvo él en su Romancero; de este le quedaron el espíritu de las hazañas y fue relegado el asombroso cúmulo de legislaciones sociales, regulaciones de contrato de trabajo, la maravilla de sus costumbres jurídicas, acensuamientos, su magno derecho consuetudinario con asombrosos comunismos agrarios y luces de justicia de sorprendente adivinación. Qué lejos está hoy de su alma aquella gran capacidad suya moral que tantos servicios prestara a Europa, entre ellos el dejarse arrebatado por todas sus estuendas intuiciones. Porque lo que verdaderamente inmuta de ese país, grandioso en sus errores como en sus aciertos, es ese infantilismo salido de su propio exceso de virilidad, que le ha arrebatado todos sus secretos entregándoselos al primer extranjero que acertó a comprender su valor. El ilustre doctor Gersh ha escrito de eso. ¿Y no es penoso y para almas ibero-americanas un desastre pensar que tal Raza enorme como primera materia es incapaz de elaborar con ella sus manufacturas o su porvenir?

En las Cortes de León de 1188, Alfonso IX promulga el Ordenamiento cuando Inglaterra no podía soñar en su Carta Magna. En las Cortes de Zaragoza de 1348 fulgura ya el *Habeas Corpus* que había de aparecer en la legislación inglesa en el 1673. Las ricas hembras aragonesas ejercían sus derechos de voto antes que el suyo las Damas hereditarias de la Pairía. No hay sino acordarse de la Carta Castellana del 1282, de las observancias aragonesas del Privilegio General, equilibrio de poderes y clases magnífico, la Capitulación de Cea, las partidas del XIII, los patrimonios concejiles, ejidos huertos, comunales, la hidráulica incomparable, las cartas pueblas, aquel antiguo régimen, insustituible por otro, de *selfgovernment*, el alma vasta de las colectividades, El Justicia, las representaciones primeras

democráticas. Unas cosas le fueron arrebatadas y de ellas disfrutaban otros países. Otras conquistas populares transformadas después han vuelto a su país de origen y aceptadas miserablemente como una limosna cuando de ese país salieron. La antimonia dramática late ahí; un pueblo de adivinos en todo, que a todo se adelantaron, todo lo ha perdido por no doblegar a los tiempos cualidades de carácter que otros más avisados pueblos rendían a tiempo. El sabio se escondió para crear y se hizo fraile o misionero. El técnico desesperado se fue también o se ocultó. Quedó solo el pueblo ante el espectro de su pasado. Todas las calumnias lanzadas contra él desde finales del siglo XVII, ¿es que no las merece? Son calumnias; cierto. Pero ¿dónde la reacción contra los mismos vicios fundamentales? Los gremios, las cofradías, las hermandades, la libertad de tratar y contratar, la elevación de la condición de la mujer, la proclamación del trabajo como fuente principal de la propiedad, rústicos que se convierten en Cardenales y frailucos en Hombres de Estado, el Compromiso de Caspe, el Fuero Viejo de Castilla, la proclamación de Pedro de Atares, hombres representativos como Lain Calvo y Nuño Rasura, el Derecho de Asilo, la Municipalidad judía, los Refraneros, los Concilios, las grandezas increíbles de aquella España árabe que supera al Oriente mismo, todo eso y millares de cosas más que están en la cultura de todos, desde el 1020 en que se proclama la libertad individual de los foreros hasta la rota de Villalar en que se deshacen las libertades, apenas restando la sombra de lo que ese pueblo fue; todo ello aparece como borrado por la impresión fortísima en las almas raciales de que mejor es no acordarse o no saberlas. Tan grande y tan chica esa Raza es. Prefiere lo extranjero porque previamente allá lo arreglaron y aderezaron y hay en el pueblo como una mortal desgana. Vienen por los minerales de sus entrañas y los deja ir; vienen por los pensamientos de sus grandes hombres y no hay aduanas para esas expoliaciones. Y viviendo como vive en ambiente ancestral, si cultiva el pasado y lo impone, lo hace para que le dejen realizar su albedrío libérrimo de ser como es. Por eso gusta tanto de los que le adulan hablándole de las conquistas de otro tiempo, de sus glorias y merecimientos. Nada le encanta más que glorifiquen su dolor y sus penas, que no le saquen a relucir sus funestas intransigencias u olvidos irreparables.

¿No fueron suyos, hoy que comprende que sus dos fuerzas máximas de apoyo serían América y los hebreos, aquellas Leyes de Indias intachables y los hombres judai-

cos más excelsos? Ved otra desesperación para el pensador. España y Portugal están vueltas de espaldas talvez para siempre; desde su independendia hasta hace bien poco España y América han estado de espaldas. Portugal se perdió por razones muy parecidas a las que motivaron la separación de las Indias, a las que ocasionaron la expulsión de los moriscos, a las que alejaron a tierras milenarias a hombres como Maimónides, Ben Gavirol, Ben Ezra, Bechail, Ben Hasdai, Ganach, hijos de cabalistas, comentaradores, expositores, filósofos y talmudistas, pero sobre todo financieros estupendos, como Ben David de Toledo, Juda Levi de Lucena, Essebti de Centa, Abul Gualid tan querido de Renán, y tantos otros como Samuel Leví o Nagrela. Hoy se habla de los sefardíes y de atraerles a una zona de influencia como se habla de marchar muy íntimamente unidos con América hacia horizontes internacionales; mas la realidad es un cruel lirismo desenfrenado y una afirmación del carácter rancio que sumió en sangre, ostracismo y aislamiento el alma nacional. Hay como una imposibilidad de darse cuenta del espíritu del siglo. El espíritu de independendia, la sobriedad y la intransigencia nos robaron preciadísimos dones e insistimos criminalmente en ellos. Los campos y las finanzas se resisten de la ida de moriscos y hebreos como nuestra literatura al no ser influenciada más directamente. Avempace, Tofail, Averroes, Maimónides, Avicena, Mohidim, centenares de almas como esas parecen que no fueran nuéstras. ¿Será ciertamente imposibilidad para fijar nuestros inciertos destinos y definirnos de modo concluyente? Nó, no hay duda; políticamente hay que volver a Villalar como hay que trazar el programa máximo de Costa sobre el cráneo de los legisladores y el campo de los agrícolas, racialmente hay que sacar de la adoración al pasado inestimables valores esencialmente nuéstrros, pero la ciencia de hoy, el genio de la época pide al carácter y temperamento una cirugía profunda.



ESPAÑA quiere prepararse a reconquistar América, Portugal y su Pasado por el único procedimiento con que el amor puede reconquistarse; y revisa implacable sus idearios actuales. España tiene la honda preocupación de rein-